
La Corrección

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9083

Título: La Corrección

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento, Crónica, Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 28 de julio de 2026

Fecha de modificación: 28 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Corrección

En un crudo día de invierno, tras diez horas de crueles fatigas, nos acostamos, apenas anochece casi sin cenar, casi sin desvestirnos, doblados por la extenuación. De las torturas de ese día no nos queda, al caer desplomados en el limbo del sueño, sino un recuerdo lejano e impersonal, como de horrores sufridos por otro durante miles de años, y que pasaron también hace siglos. Tal es la certísima dicha de descansar por fin, y la seguridad de que vamos a dormirnos en seguida con la profundidad de la muerte. Afuera, cae una blanca helada.

Mas he aquí que en la alta noche vamos despertando con inaudita resistencia de nuestro cuerpo. La mente misma, sobrecargada de toxinas, pugna por defendernos forjando sueño tras sueño. Otro es al que despiertan; el anuncio nos llega a nosotros, pero quien debe volver, apenas dormido, a las atroces fatigas del día anterior, es otro.

No hay tal. Tenaz e invenciblemente, vamos despertando. Como en sueños aun, tan agudo punzamiento nos recorre todo el cuerpo. Tan viva es la impresión, que bruscamente nos incorporamos y encendemos luz.

La cama, las sábanas, nuestra ropa, por fuera y dentro, están cribadas de puntos negros que se desplazan velozmente, El piso hormiguea. Por las paredes de la pieza, por las patas de la cama, ascienden ríos vertiginosos de puntitos negros.

Son las hormigas llamadas "corrección" en Misiones. Estas hormigas, esencialmente carnívoras, invaden en cuerpos de ejército, que avanzan paralelos. La anchura de estos ejércitos. como ríos, alcanza a varios metros, a veces. Y

todo lo que esas hormigas encuentran de vivo, o que provenga de ser vivo: pulgas, arañas, grasa, carne yerta, víboras y tigres, queda desalojado o devorado en breve tiempo.

La corrección es pequeña, muy negra, y con un brillo fúnebre que proporciona a sus ríos ondulantes aspecto de serpiente. Su característica es el vértigo de la aceleración. Sea cual fuere la hora, el camino y el tiempo, la corrección no varía la inquietud de su carrera. Á su paso ni relieve ni grieta ni agujero quedan sin ser prolijamente escudriñados, no por uno sino por cien individuos; pero todo a escape, como si el tiempo fuera siempre corto a estas enloquecidas fieras.

Su invasión es siempre denunciada por la ola de insectos y cuadrúpedos fugitivos que la corrección va desplazando ante sí. Animales que nunca se vieron en la región, aparecen entonces huyendo por entre los yuyos, o saltando de hoja en hoja con un millón de congéneres. En una madrugada de hielo, hemos visto varios lagartos que querían entrar en casa, por haber sentido a la corrección.

Deben contarse por centenares los dramas de los cubiles con cachorros de teta, cuando reciben la visita de la corrección. El ensañamiento en morder de estas hormigas, raya en locura. No hay ante ella más salvación que la fuga, trátase de una víbora soterrada por el frío o de una gran bestia del bosque.

Las substancias animales muertas parecen servirle de alimento en campaña. Con los seres vivos proceden de distinto modo.

Inmovilizan a una langosta, por ejemplo, y durante un rato no se ve sino una especie de erizo hormigueante, que se estira y se encoge sobre las sacudidas de su víctima. Ante aquella relampagueante confusión de hormigas, inclinaríase uno a creer que no cumplen otra misión que devorar a su presa en el menor tiempo posible.

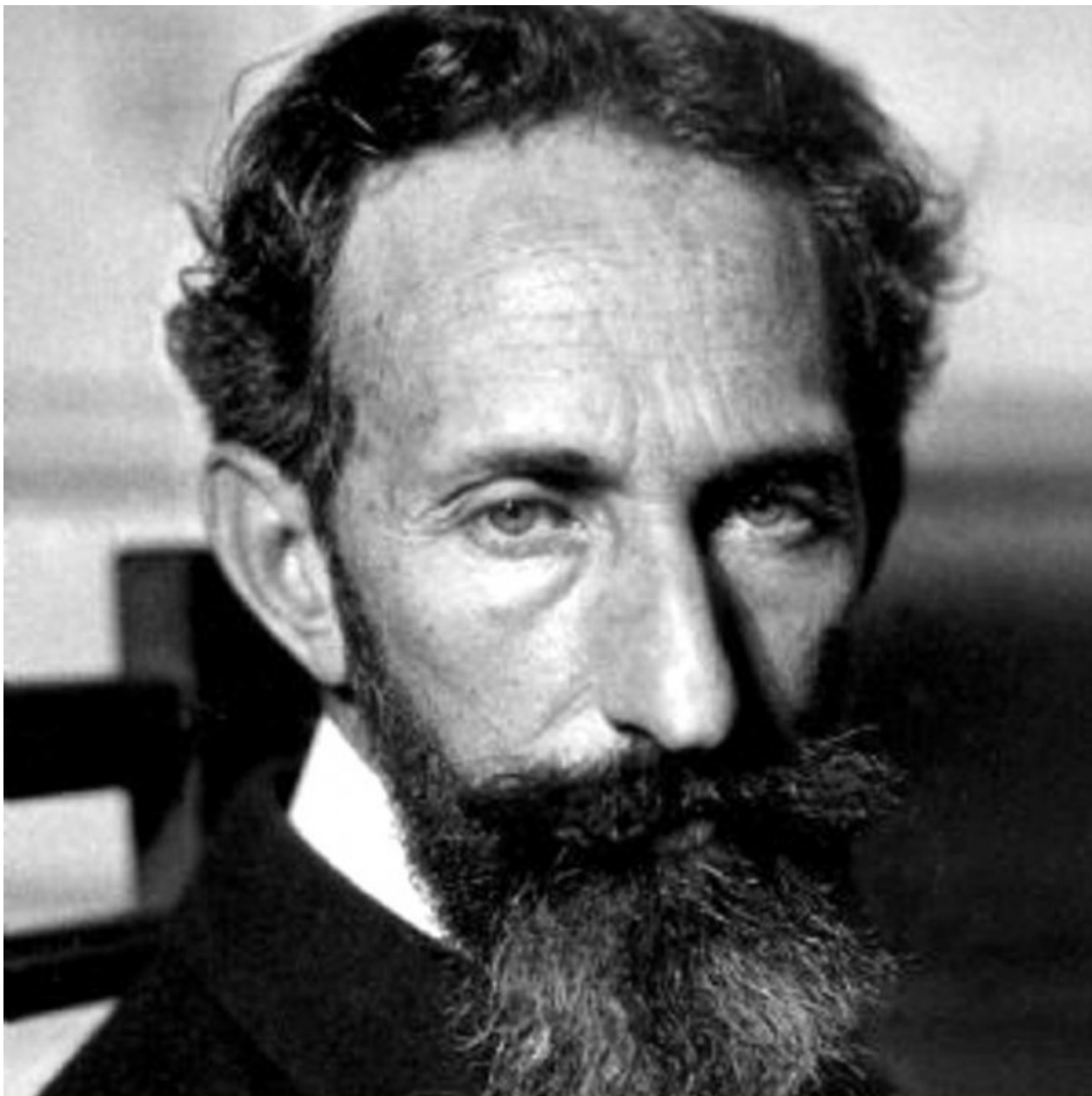
No es así, sin embargo. De pronto se abren las hormigas en claro, y en el suelo queda la langosta, pero perfectamente desarticulada. Pieza por pieza, allí está todo el insecto mecánico: no le falta una sola de aquéllas.

Proceden entonces a llevarse las piezas a su nido, o quién sabe adónde; pero no cargándolas sobre el cuerpo, sino bajo el vientre, contra el cual las ciñen a favor de dos patas. A veces, un tarso entero de langosta, tres o cuatros veces más largo que la portadora, es llevado así a la carrera bajo el vientre, como en una alzaprima.

Cuando la corrección invade una casa, hay que desalojarla, a menos de tener la suerte de haber sido despertado por la extrema vanguardia. Una línea de agua, creolinizada o no, contiene siempre a las asaltantes. La mordedura de la corrección mortifica mucho los nervios, al punto de que la punzada de una sola hormiga entre los cabellos, se siente a veces por largo rato en varias partes del cuerpo.

Puede suceder alguna vez que un hombre herido, ebrio de alcohol y aún de miel venenosa, caiga en el monte desplomado. Sí es en invierno, y el tiempo ofrece alguna probabilidad de cambio, es posible que la corrección alcance a encontrar a ese hombre. Si lo alcanza, el hombre no vuelve más de su sueño. Ni aún quedará de él la postura en que cayó a dormir. Lo que de él quede ocupará una superficie plana y blanca, que se percibirá desde bien lejos. Y no se pensará bastante en la corrección, al ver esto.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)